

Sir Walter Besant¹⁴ dice que la literatura ayuda a la historia sirviéndose de una de las dos formas clásicas: por la pintura y la reconstrucción del escenario histórico como lo hicieron Dickens y Fielding, por la interpretación de las inquietudes de un momento histórico, manera que encontramos usadas por Rabelais, Voltaire y Elizabeth Beecher Stowe.

En ambos casos, sea que realice una evocación de temas, sea que se apoye en el episodio seleccionado, la novela nunca deja de ser poesía, aun cuando se llama novela histórica.

Naturalmente, es el aspecto más difícil y más delicado del género. Necesita poseer, a un tiempo mismo, valor de arte y potencia de verdad histórica basada en la autonomía que goza siempre el hombre.

Estas reflexiones acuden a mi mente al disponerme no reparar, por quinta vez, los capítulos de El primero de noviembre, novela que constituye, a mi juicio, una valiosa afirmación del género en Costa Rica

Siguiendo las huellas, que nunca han de borrarse, del inmenso Galdós, Jorge Orozco desea -y tiene méritos para obtenerlos- escribir una serie de episodios costarricenses. A esa teoría pertenece esta novela histórica relacionada con hechos que se desarrollaron hacia mediados del siglo anterior.

La acción, como en el ciego admirable, es sencilla, saturada de interés. A veces, predomina el ambiente político. En momentos, los detalles de nuestra vida patriarcal asoman con esa frescura que tiene todo lo que es sincero y natural. Aquí, atisbos del más sano y candente humorismo. Allá, la máscara angustiosa del drama inesperado.

El autor no disimula la simpatía que siente por la figura central del episodio: el presidente José María Castro". Tiene razón. Pocos personajes, en nuestra breve historia, alcanzaron la serenidad de pensamiento y la nobleza de sentimiento, que fueron características del Doctor Castro.

Dice bien Enrique Macaya Lahmann", digno prologuista de esta página íntima del alma costarricense, al afirmar que abunda El primero de noviembre en un fresco sentido de literatura nacional -de nuestros hombres, de nuestras costumbres, de nuestras cosas y hasta de nuestro paisaje-líricamente poetizado por una añoranza histórica de más de medio siglo, que es, en mi opinión personal, lo que constituye su mayor acierto artístico.

Orozco Castro ha deseado resucitar una época en la que figuraron familiares muy cercanos suyos. Es una evocación amable de personas queridas a quien nunca fue posible culpar de renuncio.

Si se quisiera pronunciar un íntimo concepto en el que 18 resumiera cuanto hay en cada, uno de los capítulos de esta valiosa novela histórica nacional, bastaría escoger el que se condensa en la palabra sinceridad, tanto en el desarrollo, cuanto en las ideas, así como en el estilo hermoestado, adrede, por el uso de arcaísmos selectos.

La historia de la caída del doctor Castro la cuenta el secretario particular del mismo Presidente, con una devoción infinita hacia el hombre que supo rendir, siempre, homenaje a la verdad. El que enseñó a los demás cómo podía usarse sin mengua alguna, cortesía para con los humildes.

Paso a paso, en un estilo sobrio, va señalando los hechos históricos que, en cadena nada lógica, fueron minando el poder del más bueno de nuestros gobernantes. Día tras día

van perfilándose la intriga y la ambición que no supieron velar por la salud de la Patria.

Hay, en todo la novela, un penetrante amor a la República y, en ella, a la democracia. Ese amor profundo el mismo protagonista les dedicó respetándolas cual le, ni antes ni después lo ha sabido hacer.

Al lado de la política que se desenvuelve hipócrita, como siempre los gestos inolvidables de renunciadas que nadie espera, de confianzas sin límite en quienes tiene el deber de ser fieles y que, en el fondo, no saben serlo.

Multitud de personajes de nuestra historia desfilan ante las miradas agradecidas del lector. Basta recordar al severo don Julián Volio, al caballero rural don Nicolás, a la seductora tía Churrisca, alrededor de los cuales se agita una serie de figuras conocidas.

Junto a los buenos, los perversos, también admirablemente esbozados, sin temor alguno. Ese mundito es u personaje típico, de ayer de hoy y de mañana. El mundito un mundo de cobardías. Eminencias de misticismo calculador. Materialista en todos los momentos, maestro sin igual de marrullería. Explotador insigne de ideas que no tiene y de bolsillos que no son los suyos. ¿Y qué decir del impagable Tranquilino Barboza, el hombre más honrado que ha parido la tierra, para engañar a quien se le pone por delante? ¿El abogado de montaña que roba hasta cuando no pretende hacerlo? ¿El que todo lo enreda para aprovechar mejor? ¿Hombre de una única palabra que olvida cuando le conviene así?

No es posible dejar en la oscuridad -ella no lo habría permitido nunca- a doña Mirtala Garbo viuda de Vieto. La suegra por antonomasia, convencida, como nadie de los méritos falsos del falso hijo suyo, el interesante mundito, cuya presencia juzga necesaria en todas partes.

El dolor, otra injusticia de la vida, se evidencia en la historia ingrata de Lolita, la descarriada hija de doña Mirtala. En la odisea melancólica de Juanita a quien, por lo despreocupada y por contradicción, llamaban La Corta.

Escenas nacionales de íntimo olor a cohombro hallamos en las reuniones que se efectuaban en la mansión acogedora de la tía Churrisca, corazón de oro, de alegría contagiosa. En el paseo a Escazú a la finca de la madre amorosa del Presidente bueno. En el turno que esa misma población organiza para ayudar a la iglesia aún no termina, turno en el que lucen, ellas, las camisas de gola y, ellos, las bandas de vistosos colores en la cintura acostumbradas al trabajo fatigoso. En los portales de sincera devoción hacia el Dios hijo, recién nacido.

Del libro surge la idea de nuestra Costa Rica de antaño: hospitalaria, católica, aseada, patriótica, de alegría sana y vivificadora.

Una era que no ha vuelto a pesar de que Costa Rica ha creído vivir y seguir viviendo las realidades de una democracia que dejó de existir hace muchos, muchísimos años.